

suficiente de su sinceridad, por cuanto la sumision á la verdadera fé, consignada de nuevo en los decretos de un concilio ecuménico, añade la instruccion, lejos de ser disimulada, debe ser profesada con la mayor publicidad.

Pero faltaba mucho para que aun el mismo emperador, si hubiera tenido voluntad, se hallara en el caso de poder conducir á sus súbditos á esta práctica verdaderamente decisiva. Lo que habia hecho hasta entonces habia puesto ya en combustion sus Estados. Eran ya éstos un cuerpo moribundo que no podiasoportar ya los remedios, ó al menos á quien los tratamientos aun tan poco rigurosos no podian servir para otra cosa que para acabar con el soplo de vida que le restaba. No obstante, habia un número bien pequeño de cismáticos instruidos y fundados en principios; pero una multitud de ignorantes y de entusiastas, de intrigantes ó esclavos de la codicia, recorrian todas las regiones de la Grecia donde el emperador no era reconocido; esto es, la Morea, la Acaya, la Tesalia y la Cólchide. Iban cubiertos de cilicios, divulgando visiones y falsas profecias por las ciudades y aldeas: se engañaban unos á otros, y crecia su número todos los dias. Ganó la seduccion á todas las clases del imperio y á los parientes mas cercanos del emperador, y aun á los generales que éste enviaba contra los rebeldes, y á todos los soberanos subalternos que, cuando la conquista de Constantinopla hecha por los latinos, se habian formado pequeños Estados en diversas regiones de la Grecia (1). Esta fué la ocasion de que se valió el principe de Trebisonda para tomar el título de emperador junto con la corona imperial, y creó grandes oficiales por el modelo de los de Constantinopla.

(1) Rain. 1277, núm. 60; 1278, núm. 13; Vading. 1279, núm. 2 et 3.

Paleólogo tan vivamente estrechado, de una parte por tantos facciosos cismáticos, y de otra por el Papa, cuya proteccion le era indispensable para defenderse del rey de Sicilia, usó de la maniobra siguiente para no estrellarse en alguno de los escollos en que se hallaba encerrado. Antes que los legados pudieran tratar con persona alguna, reunió en su palacio los obispos á la cabeza del clero, y les dijo, que á pesar de los sacrificios que habia tenido que hacer para el restablecimiento de la concordia entre ambas iglesias, unos ánimos inquietos y falsamente celosos intentaban persuadir que esto no era mas que una paz falsa y una verdadera falacia para burlarse del Papa y del concilio; que en su consecuencia los legados traian orden precisa de asegurarse de la fé de los griegos, exigiendo de ellos que recibieran el mismo símbolo que los latinos; que él hallaba esta condicion insoportable; pero que estando obligado por muchas razones á no romper con Roma, les pedia dejasen á los legados proponerla pacíficamente, sin mostrar oposicion ni la mas leve emocion, dándoles al contrario todos los testimonios de deferencia, de respeto y de cordialidad que podrian esperar de unas gentes resueltas á satisfacer enteramente al Papa; por lo demás les prometia sobre su cabeza y su corona sostener mas bien la guerra contra el Pontífice y todos los principes latinos, que consentir en que se añadiera una sola letra al símbolo.

Esta confidencia ganó de tal modo á la asamblea, que cuando los legados hicieron su propuesta, ninguno de los griegos mostró la menor repugnancia. Para convencer mejor á los romanos de que se procedia de buena fé, les hizo ver el emperador hasta cuatro principes de su sangre en las cadenas, y tratados con el último rigor por su adhesion al cisma, aunque no esta sin sus

inteligencias con los rebeldes eran la principal razon de aquel trato, que llegó hasta la crueldad. Miguel Paleólogo, como todos los políticos que quieren conducirse entre dos partidos inconciliables, no pudo evitar los justos baldones, así de uno como de otro. Para alucinar al Papa con una deferencia de las mas inesperadas, hizo condenar á dos obispos como cismáticos, y entregarlos á los nuncios, para ser conducidos á Roma y castigados por el juicio del Sumo Pontífice. En efecto, fueron á aquella ciudad, mostráronse arrepentidos, y el Papa les volvió á enviar absueltos. Asimismo le escribieron una carta lisongera de escusa donde pusieron muchas suscripciones de obispos que no existian ni habian existido nunca. En esta misma carta y con respecto á la doctrina ó á la procesion del Espíritu Santo, amontonan vagas y pomposas espresiones de los Padres; como de emanar, de ser manifestado y dado, de brillar, de resplandecer, en una palabra, todos los términos mas propios para deslumbrar y hacer olvidar el de *proceder*, que no suena en ella en ninguna parte.

Irritado Paleólogo por otra parte contra aquellos que le acusaban de arruinar la fé, en tanto que hacia los mas penosos esfuerzos para parecer que la restablecia en su antigua pureza, se abandonó á los mayores excesos contra los cismáticos, sin el menor respeto á la clase ni al nacimiento. De los cuatro principes que gemian en las cadenas, habia ya muerto Andrónico, y mandó traer delante de sí los tres restantes á quienes llenó de improperios y de injurias. Despues de los interrogatorios, reiterados durante muchos dias, Juan Cantacuceno se rindió: mas permaneciendo inflexibles Isaac y Manuel, mandó sacarles los ojos. Tambien hizo cegar y poner en la tortura á otras muchas personas de la primera gerarquía por sola la sospecha de aspirar al im-

perio en perjuicio de sus hijos. La ternura excesiva que les profesaba, y la beneficencia política respecto á los delatores, multiplicaron hasta lo infinito las egecuciones, las injusticias y los descontentos. Seguia como máxima que, castigando por una acusacion falsa, impediria que se diese materia á las verdaderas, y abria de par en par la puerta á la calumnia y á la opresion de la inocencia. Sin embargo, sostúvose en medio de peligros de todo género durante un reinado de veintitres años, por su fortuna, por una especie de habilidad que le era propia, por un espíritu fecundo en recursos, por su actividad y presteza en poner al punto remedio á lo mas preciso; pero vivió siempre con temores y angustias, en todas las situaciones penosas que anuncian la mayor catástrofe y que constituyen quizá la parte menos soportable de ella. No se dejó engañar Roma de los artificios ó variaciones de este principe; mas como no contravenia en el fondo á la confesion de fé que desde luego le habia sido propuesta por la Santa Sede, ni á lo que habia sido establecido por el concilio de Lyon, se contentó al parecer con lo esencial de las cosas y prescindió en aquel instante de la adición del símbolo. Llegó Nicolao III hasta hacer alianza con Miguel contra el rey de Sicilia; por cuanto este principe, el mas recto, el mas valeroso y aun el mas dichoso de los guerreros de su tiempo, habia hecho formidable su poder á toda la Italia. Ahora bien, la política de los romanos Pontífices tenia por objeto proteger la libertad italiana contra las potestades que quisieran confiscarla en provecho de su ambicion; tutores especiales de esta parte de Europa cuidaban con paternal solicitud de alejar de ella los peligros de la opresion; y si las ciudades de Italia, si los pequeños Estados de que se componia han conservado por tanto tiempo su independendencia, débennlo á la

Santa Sede, deben á esta el honor de ello. Tantos intereses públicos y privados no impidieron al Papa Nicolao tomar en consideracion los asuntos de la orden de frailes menores, á los que profesaba, digámoslo así, un afecto innato, pues siendo aun niño, fué presentado á San Francisco por su padre, que era de la orden tercera, y el Santo profetizó, que sin tomar el hábito de franciscano seria el defensor de su orden, y después el maestro del mundo. En efecto, era cardenal protector de la orden de San Francisco cuando fué elegido Papa; y no permitiéndole ya los cuidados del gobierno general de la iglesia emplearse en su primer oficio con la atención oportuna, se lo encargó á su sobrino el cardenal Mateo Rosso de Ursino, diciéndole: «mi querido hijo, muchos son los favores que os tengo hechos; mas este es el mayor y el mas propio para abriros la puerta del cielo, pues tendreis parte en las oraciones y en las obras de un número crecidísimo de Santos. Al confiaros la proteccion de los frailes menores, os doy lo que tengo en mayor estima y aprecio. Luego sacando el anillo de su dedo, y regándole con sus tier-nas lágrimas, se lo dió al nuevo protector como una distincion honorífica de esta dignidad, y como un motivo poderoso para desempeñarla gustosamente. Sin embargo, la regla y la vida de los religiosos de San Francisco tenían muchos censores que la trataban de impracticable y aun de peligrosa é ilícita. Es verdad que muchos de los frailes poseidos de un falso celo, con capa de reforma y de mayor perfeccion, se habian dejado llevar á escesos extravagantes, con sutilezas que rayaban en quimeras, y con una obstinacion que ya degeneraba en cisma; mas el cuerpo de la orden se atenia á la regla tal como habia sido concebida por el santo fundador y aprobada por la Iglesia.

A fin de establecer una distincion precisa y auténtica entre opiniones tan diversas, Nicolao III, con dos cardenales de la orden, el general y algunos provinciales, trabajó por espacio de dos meses en dar una justa noción de este instituto. Por último, dió á luz la famosa bula *Exiit qui seminat* (1279) en la que se resuelven con estension con las objeciones hechas contra la regla de San Francisco (1). Una buena parte de esta constitucion no contiene sino las contestaciones dadas ya en otro tiempo por San Buenaventura en su apologia de los pobres. Lo mas particular que hay en ella es la renuncia á toda especie de propiedad de parte de los frailes menores. Declara el Papa que la propiedad de los utensilios, de los libros, de todos los muebles cuyo usufructo puedan tener, pertenece á la Iglesia romana; que de ella es igualmente el dominio de los lugares comprados con las limosnas, y de los que les fueren legados en especie sin ninguna reserva de parte de los donantes. Respecto á los sitios y casas que les hayan sido cedidas para su residencia, se añade que solo permanecerán ocupándolas en tanto que persista el donante en la misma voluntad, y que si la revocase deberán dejarlas sin que la Iglesia romana retenga sobre ellas ningun derecho: que por lo respectivo á las cosas consumibles con el uso, no están obligados á desistir de este en virtud de la renuncia hecha de toda propiedad, por ser absolutamente indispensable para subsistir: que por lo demás ni aun del uso tendrán mas que lo necesario, no solo sin superfluidad, sino tambien sin abundancia. Igualmente se confirma el punto de la regla de San Francisco que prohíbe á sus religiosos el predicar contra la voluntad del obispo diocesano; lo que deseamos, dice el Papa, que observen á la letra, á menos que

(1) Cap. 3.º de vers. sign. in sciat.

la Santa Sede no dispusiere otra cosa. Era esta la piedra de escándalo entre los prelados y los frailes, asi menores como mayores ó dominicos, pues asi los vemos llamados en la asamblea de obispos celebrada en Paris dos años despues. Reunidos los prelados en número de veinte y cuatro en el palacio episcopal, hicieron concurrir á él de las diversas escuelas á los doctores, á los bachilleres, á todos los estudiantes de cada facultad y á los principales religiosos de diferentes órdenes. Dirigiendo Simon de Beaulieu, arzobispo de Bourges, la palabra á los individuos de la universidad, se esplicó en estos términos: «Vosotros llegais á ser lo que somos, y no creo que haya en el dia ningun prelado entre nosotros que no haya sido de este cuerpo ilustre. Por tanto, en nombre de todos los obispos del reino, cuyo poder tenemos por escrito, despues de haber empleado infructuosamente la mediacion de los señores y del mismo rey, os dirigimos nuestras quejas contra los frailes mayores y menores, los que usurpando la direccion de la grey confiada á nuestra solicitud, predicán y confiesan contra nuestra voluntad en todas las diócesis, y dicen que tienen al efecto privilegios de muchos Papas. A fin, pues, de instruiros de su contenido, se os leerán ahora. En efecto, los leyeron, y en seguida se leyó tambien el decreto del concilio de Letran tocante á la confesion anual, como si los creyeran opuestos á él. Guillermo de Macon, obispo de Amiens, sostuvo luego que estas concesiones no habian derogado el decreto del Concilio, y que los frailes no podian administrar la penitencia sin licencia de los obispos y de los curas.

Los frailes que se hallaban presentes no dijeron una palabra siquiera para contradecir á los prelados; mas en los primeros dias de fiesta algunos predicadores franciscanos y dominicos subieron al púlpito y declama-

ron altamente contra las pretensiones de los prelados. En el discurso del propio mes, el sábado 20 de diciembre de 1281, hubo una nueva asamblea de obispos, y nueva convocacion de la Universidad. Tornó á tomar la palabra Guillermo de Amiens, refutó lo que habian asegurado los predicadores, y citó cartas de Roma escritas por los principales personajes de aquella corte. Afirmaban estas que al fin el Papa estaba dispuesto á revocar los privilegios escesivos de los religiosos mendicantes, ó al menos á esplicarlos de una manera que no alterara el orden de la gerarquía.

Ocupaba entonces Martino IV la Cátedra de San Pedro, en la cual, despues de seis meses de vacante y mucho tumulto, habia sucedido al Papa Nicolao en 22 de febrero de 1281. Era francés, nacido en Turina de la distinguida casa de Brion, tesoro de San Martin de Tours, cuyo nombre tomó en vez del de Simon que habia recibido en el bautismo, y cardenal presbítero del título de Santa Cecilia. Aunque es el segundo Papa de este nombre, se le llama Martino IV, sin duda por haberse confundido los dos Marinos con los Martinos (1). En el primer año de su eleccion espidió una bula que añadió esta cláusula á las facultades de predicar y confesar que confirmaba en los frailes menores: «Queremos que los que se confiesen con estos frailes, estén sin embargo obligados á confesarse con sus curas una vez al año, segun lo establecido por el Concilio: los mismos frailes procurarán exhortarlos á esto con desvelo y eficacia (2).»

No fué esta la única materia en que Martino IV no se sujetó á seguir con puntualidad los pasos de su predecesor Nicolao. Este,

(1) Duchesn. *Histor. Card. Franc.* tom. 2, pag. 283.

(2) Tom. 11 Conc. pag. 1144.

á lo menos por cierto tiempo, se habia manifestado contrario en todo al rey de Sicilia Carlos de Anjou, y aun habia llegado hasta quitarle el título de senador, es decir, de gefe del senado de Roma, que le habia conferido Clemente IV. Hizose dar Martino á sí propio esta dignidad por los senadores y el pueblo romano; y algun tiempo despues la restituyó al rey Carlos. Hasta aquí no puede menos de aplaudirse á este Pontífice por haber modificado unas medidas cuya ejecucion no permitian las circunstancias y que por otra parte eran puramente politicas. Mas difícil es justificar su mudanza de conducta con respecto al emperador de Oriente. El favor hecho á Carlos de Anjou, ¿habria llegado hasta la parcialidad, hasta una injusta y culpable dureza con Miguel Paleólogo su rival? Mas esto no es razonablemente presumible en un hombre asaz virtuoso para rehusar la dignidad pontificia, como la rehusó Martino IV, pues, á su eleccion opuso una grande resistencia hasta consentir que se le rasgára su manto cuando quisieron quitárselo para revestirle de la capa; prueba nada sospechosa y demostrativa por sí sola de una virtud á toda prueba. Tampoco habria mayor fundamento para pretender que esta alma fuerte quebrase por efecto de su misma fuerza y que la firmeza del Papa fuese llevada hasta el extremo de olvidar toda consideracion y miramiento. Es muy de creer nos falten muchos datos y noticias que en su tiempo tuvo el Papa Martino y que motivaron sabiamente su rigor para con Paleólogo, cuya doblez y falaces apariencias de sumision é interesados artificios penetró.

Desde su entrada al pontificado mostró altamente su adhesion al rey de Sicilia, y se convenció de que la reunion de los griegos no era mas que una ilusion (1). A soli-

itud de este príncipe se resolvió á excomulgar al emperador de Constantinopla. A la primera noticia de la promoción de Martino, Miguel Paleólogo le habia enviado dos metropolitanos, Leon de Heraclea y Theófanos de Nicea, para reconocerle en calidad de Sumo Pontífice, y rendirle la misma obediencia que á los Papas sus predecesores (1). Fueron á avistarse con Martino en Orbieto, donde acababa de concluirse un tratado muy diverso de el del Papa Nicolao, que se habia ligado poco antes con el emperador Paleólogo y el rey Pedro de Aragon contra Carlos, rey de Sicilia (2). Por el contrario, habiase efectuado una liga contra Paleólogo, con Carlos, su yerno Felipe, emperador titular de Constantinopla y los venecianos. Fueron muy mal recibidos los embajadores de Paleólogo. Contestóseles que la union que tanto ponderaban, ningun efecto habia producido para la Religion: que la Iglesia no podia menos de detestar los suplicios empleados por su amo, ya fueren para saciar su venganza, ya para sostener los intereses de su ambicion, ó ya mas bien para cubrir su mala fé y hacerse creer enemigo del cisma en tanto que era su fautor (3). Sin comunicarles nada mas particular, se pronunció el dia de la dedicacion de San Pedro de Roma una sentencia de excomunion contra Miguel Paleólogo, que se decia emperador de los griegos, prohibiéndose á todos los reyes, príncipes, señores, ciudades y comunidades hacer con él, mientras permaneciera sujeto al anatema, sociedad ó confederacion alguna. Al punto despidieron á los embajadores sin haberles hecho ninguno de los honores acostumbrados (1281).

Murió en el camino Leon de Heraclea;

(1) Pachym. lib. 1, cap. 30 et 31.

(2) Nang. Continuat. an. 1281.

(3) Bullar. Mart. IV. Const.

(1) R. In. ann. 1281, num. 26.

y habiendo llegado á Constantinopla Theófanos de Nicea, y dado al emperador una cuenta fiel de lo que habia pasado, apenas pudo persuadirse aquel príncipe de lo que escuchaba. Arrebatado de indignacion y despecho quiso desde luego romper para siempre con los latinos y volver las cosas al estado que tenian antes; pero reflexionando luego, temió mostrarse contrario á sí mismo, y dar lugar á sus propios súbditos, irritados ya contra él, á que le acusaran de haber estado jugando con la Religion. De este modo quedaron las cosas en el mismo pie en que estaban al tiempo del último concilio general; contentóse con impedir que se nombrára al Papa Martino en las oraciones, con lo cual pretendia dar á entender que solo rompía con el Papa Martino personalmente por causas temporales, y no con la Santa Sede, en cuya comunión pareció permanecer hasta lo último de su vida. Púsose sin embargo en guardia, y se apresuró á concluir el tratado de alianza que habia entablado con el rey de Aragon en vida del Papa Nicolao (1). Juan, señor de la isla de Procida cerca de Nápoles, y grande enemigo de Carlos de Anjou, fué quien habia urdido esta trama desde el año de 1279 (2). Este intrigante italiano habia ido vestido de fraile francisco á Constantinopla, á Aragon y á Roma, y persuadido á los dos príncipes á que levantasen tropas, y al Pontífice muerto á que abandonara á Pedro III, rey de Aragon, la conquista del reino de Sicilia, sobre la cual este monarca tenia pretensiones por parte de su esposa Constanza, hija de Manfredo. Paleólogo, amenazado por el nuevo Papa, volvió á enviar con presteza á Aragon á Juan de Procida, que llevaba por delante treinta mil onzas de oro para ayudar al rey á hacer un

poderoso armamento por mar; y á fin de desvanecer los recelos que esta flota no dejó de causar al Papa Martino, publicó Pedro que marchaba contra los infieles.

Mas antes de su partida, Juan de Procida tornó á Sicilia, la que recorrió otra vez vestido tambien de fraile francisco, atizando el espíritu de rebelion en los pueblos, y animando á los señores muy disgustados ya con la dureza del rey Carlos que los abrumaba á impuestos, con la violencia con que los trataban los oficiales, y con la altivez de los franceses cuya licencia y lubricidad acababan de desesperar á aquella nacion escesivamente celosa. Habiéndose manejado todo con un secreto impenetrable, y teniendo ya el proyecto bien coordinado, convinieron en pasar de improviso á cuchillo á todos los franceses, segun dicen muchos historiadores, desmentidos en este punto por autoridades mas graves y que escluyen la premeditacion del degüello. El primer toque de víperas, á lo que dicen, fué dado por señal de esta egecucion horrible. Todos los señores y los gefes de la conjuracion se reunieron en Palermo, como para celebrar en aquella ciudad la festividad de la Pascua, que en aquel año de 1282 cayó en 29 de marzo. El lunes 30 todos los habitantes, hombres y mugeres, fueron á Monreal, que distaba una legua, para disfrutar de las fiestas que en Italia particularmente acompañaban á estas ceremonias. Llenos de seguridad los franceses, y en número bastante reducido, porque la mayor parte habian salido ya para la espedicion de la Grecia, acompañaron al resto de los ciudadanos á Monreal.

Tomóse un francés alguna libertad con una siciliana; pusóse esta á gritar, y como el pueblo estaba ya irritado por las gentes de los señores del país, todo el mundo corrió en tropel. Al principio hubo un combate tumultuario, y sin que en él se descu-

(1) Greg. lib. 5; Pachym. lib. 6, c. 31 et 32.

(2) Villan. lib. 7, c. 57.